

MIGUEL ÁNGEL FUENTES

IVE PRESS



# LA SUPERFICIALIDAD Y EL SÍNDROME DEL CHANTA

COLECCIÓN VIRTUS 15

*Cover Design*

© IVE Press

*Cover Art*

© IVE Press

*Text*

© Institute of the Incarnate Word, Inc.

All rights reserved.

Manufactured in the United States of America.

IVE Press, Chillum, MD

[www.ivepress.org](http://www.ivepress.org)

ISBN 1-939018-45-5

ISBN-13 978-1-939018-45-8

eISBN 978-1-61813-234-5

Printed in the United States of America ∞

# Índice

## **LA SUPERFICIALIDAD**

### **1. El problema**

- 1) ¿Qué es la superficialidad?
- 2) Superficialidad en las distintas esferas de la personalidad
- 3) Las raíces de la superficialidad

### **2. La lucha contra la superficialidad**

## **EL SÍNDROME DEL “CHANTA”**

### **1. El cuadro complicado**

### **2. La rica gama**

### **3. Lo que hay bajo la alfombra**

### **4. Qué esperanza tiene el chanta**

# **LA SUPERFICIALIDAD**

“La precipitación y la superficialidad  
son las enfermedades crónicas del siglo”.

Aleksandr Solzhenitsin

# 1.

## El problema

### 1) ¿Qué es la superficialidad?

La profundidad es el interés por llegar al fondo de las cosas; la superficialidad, por el contrario, el desinterés por eso mismo; cuando se agudiza llega incluso a la renuncia de hacerse cargo de la verdadera causa o esencia de las cosas para navegar en la superficie de los fenómenos.

El interés por lo profundo, por la última causa y la verdad de cada cosa, permite al hombre, aunque no sin esfuerzo, aferrar la esencia de la realidad. El hombre profundo tiene un pensamiento “filosófico” o “metafísico”, es decir, capta las cosas “por sus causas”, y por ellas las explica. El superficial es “fenomenológico”: se limita a describir las cosas según sus apariencias; no sabe lo que son, sino cómo lucen ante él.

Al hablar de “pensamiento filosófico” no me refiero a la filosofía que estudiamos en los libros, sino a aquella que se adquiere en la escuela de la observación reposada y del sentido común; la que es accesible también a la persona sencilla y sin instrucción pero que no carece de un auténtico deseo de saber. Es, como anotó Aristóteles, la primera inclinación de todo ser racional: “todos los hombres desean naturalmente saber”<sup>1</sup>. Esta tendencia ha forjado esa “sabiduría popular” que hallamos en el hombre sencillo pero despabilado, en las tradiciones literarias y en los libros sapienciales de la Sagrada Escritura.

El espíritu superficial también puede definirse como una incapacidad de interioridad. Esta actitud ancla a la persona en lo exterior. Como consecuencia, el superficial, respecto de las cosas, solo percibe lo aparente, lo inmediato, pero se le escapa la esencia, que permanece inabordable para él; respecto de sí mismo, vive en la cáscara, volcado hacia afuera; por eso suele ser extrovertido y, como tal, comprador, simpático, atractivo. Pero se ignora a sí mismo, no se conoce a fondo, ignora sus verdaderas cualidades y sus defectos capitales. La persona que padece de superficialidad tampoco conoce verdaderamente a los demás, aunque crea tener de ellos ideas claras. De todo tiene una noción vaga y trivial.

Conrado Hock, en su clásica obra *Los cuatro temperamentos*, relaciona este defecto con el temperamento sanguíneo. Sin caer en la simplificación de circunscribirlo solo a él, sus observaciones son muy válidas: “El sanguíneo, dice, no penetra hasta lo profundo, ni va al todo, sino que se contenta con la superficie y una parte del todo. Antes de concentrarse en un objeto, el interés del sanguíneo ya se paraliza y desvanece por las nuevas impresiones que le ocupan. Es amigo de trabajos fáciles, vistosos, que no exigen demasiada labor intelectual. Y es difícil convencerle de este defecto suyo: la superficialidad; pues siempre cree haber entendido todas las cosas; así por ejemplo, haber comprendido bien un sermón, aunque la mitad del mismo haya estado muy lejos de sus alcances intelectuales”.

La superficialidad se traslada a los otros ámbitos de la personalidad en distintas

formas: se manifiesta como inconstancia y volubilidad en la voluntad; como capricho en los afectos; como puerilidad en el humor; como debilidad en las resoluciones; frivolidad en el trato; y, a menudo, como sensualidad e incluso desenfreno. Con la superficialidad se relacionan diversos vicios, unos como sus causas, otros como sus consecuencias. Entre los más destacados señalemos la imprudencia, la mediocridad, la tibieza, la banalidad y la pereza.

Es un grave obstáculo para la vida espiritual, incluso en el caso de los religiosos y consagrados. La venerable Madre Esperanza de Jesús dejó escrita, al respecto, esta sugestiva página<sup>2</sup>:

“Es muy de lamentar que, por el poco saber algunas religiosas se sirven de las cosas espirituales solo para la satisfacción de los sentidos, dejando el espíritu vacío, para que el jugo sensual les estrague buena parte del espíritu, bebiéndose el agua antes que llegue al espíritu, dejándole seco y vacío.

Viviendo en la superficie del alma, se vive también en la superficie de las cosas, porque quien no sabe penetrar en el fondo del alma tampoco sabe penetrar las profundidades de las cosas, se ocupa solo de lo exterior y así solo da importancia a las pequeñeces.

Así en los deberes y en sus obligaciones, pone su cuidado en la corteza más que en la savia y en el cuerpo más que en el alma.

El alma atada a las prácticas exteriores no puede volar; está aprisionada, encadenada y embotada.

Viendo las cosas por su aspecto mezquino se achica y se contrae”.

## 2) Superficialidad en las distintas esferas de la personalidad

La superficialidad puede afectar cualquiera de los planos de la personalidad: la inteligencia, la voluntad y los afectos. Por lo general estos defectos no se dan todos juntos en una misma persona, lo que constituiría un portento de superficialidad. Algunos renquean de un pie y otros del otro. Pero basta que descubramos esta tara en alguna de nuestras dimensiones para que tengamos suficientes motivos para ponernos serios y meter manos a la obra reparadora. Porque la superficialidad no combatida gana paulatinamente terreno en nuestro carácter, y sus rasgos se alternan, se suman y se combinan, pudiendo concluir por adueñarse de todo nuestro ser.

### (a) La superficialidad en el orden del conocimiento

El concepto de superficialidad está ligado estrechamente al conocimiento y al juicio. Ordinariamente el conocimiento del superficial es insustancial, sus opiniones triviales y sus juicios infundados. La persona superficial es la que no “penetra”, no por incapacidad, sino por desinterés, más allá de la superficie. Si se tratase de una incapacidad natural tendríamos, en realidad, al “romo”, es decir, al de entendimiento obtuso y sin punta. Este es superficial por un tope natural, y, como tal, no tiene culpa de su límite. En cambio, la verdadera superficialidad tiene algo de pecado, de renuncia a una capacidad que no se quiere usar por una de dos razones: o pereza o sensualidad.

La superficialidad, ante todo, se corresponde en buena medida con el vicio de la *curiosidad*, si consideramos el objeto intelectual sobre el que esta recae, que es la apariencia de las cosas, la noticia fugaz y brillante, y, en suma, lo superfluo, intrascendente e innecesario<sup>3</sup>. Desde esta perspectiva, superficial es la persona que solo se queda en la epidermis de las cosas y de las personas. Le interesa el chisme y el comadreo, pero no el drama humano que estos transmiten; y quizá por eso mismo ahonda, sin darse cuenta, el infortunio del que hacen corrillo. Porque el curioso y chismoso incurre habitualmente en el pecado de difamación (si transmite verdades que manchan la honra ajena) e incluso en la calumnia (si hace circular falsedades); en ambos casos, si esto perjudica seriamente la fama al prójimo, bastaría para constituir una injusticia grave y, por tanto, un pecado mortal. Por eso dice san Pablo que estos vicios, que abundarán en los últimos tiempos, son propios de los que “no son capaces de llegar al pleno conocimiento de la verdad” (2Tm 3, 7). De los que los practican hay que guardarse mucho (cf. 2Tm 3, 5).

Mirando otro aspecto de la curiosidad, también es superficial el que descuida “lo único necesario” (cf. Lc 10, 42) para dedicarse a lo menos necesario (aunque en sí no carezca de algún valor). “¿De qué le vale al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?” (Mt 16, 26). Muchos curiosos se dedican al conocimiento, incluso con esfuerzo, de lo menos importante y secundario, *descuidando* lo más importante. Como resultado, quizá conozca muchos temas, incluso detalladamente, pero, como *ha descuidado* lo más importante, carecerá de la clave que da a esas mismas cosas su sentido último; este es el drama de la moderna ultra especialización, que afecta a quienes, aplicándose con desgastadora pasión al estudio de la fotosíntesis, olvidan lo que es un bosque.

En nuestra época, el curioso es el hombre “informado”, a quien la sociedad identifica puerilmente con el nuevo “sabio”. Muchos periodistas y los correlativos adictos a las noticias periodísticas son prototipos de este vicio. Pero el informado no es el que “sabe”, porque “saber” (que viene de *sabiduría*, y esta de *sapere*, saborear) alude a un conocimiento verdadero y necesario que se asimila y digiere, y explica la realidad por sus últimas causas, y para esto hace falta estudiar, meditar, sintetizar y elaborar. El conocimiento superficial es incapaz de educar; si bien se interesa de todo, su consideración es rasante, es simple *surfing*, y en pocos días carece de interés. Hoy en día las noticias más importantes solo se sostienen sobre el tapete una semana, a menos que algún interés particular se encargue de resucitarlas cada dos o tres días cargándolas de ingredientes escandalosos.

Una forma más elaborada de superficialidad intelectual es el llamado *pensamiento débil*, que es la filosofía que parece estar de moda a pesar de partir de la negación de la verdad objetiva y de la posibilidad de llegar a la verdad. Esto es hacer de la superficialidad casi una especie de sistema de pensamiento.

Un segundo vicio que se relaciona con la superficialidad es la *desmemoria*, o falta de memoria. No me refiero a la dificultad para retener nombres, caras, fechas, acontecimientos..., que puede ser una flaqueza material, sin implicaciones morales en quien la padece. Hablo, en cambio, de la impericia para conservar las *lecciones* que nos dan los sucesos vividos. Como resultado, la persona no forja una experiencia adecuada; nunca llega a ser, lo que suele decirse “un hombre de experiencia”. La memoria, como

aquí la estamos considerando, es la primera de las piezas claves de la prudencia: “para la prudencia se requiere tener memoria de muchas cosas”<sup>4</sup>; porque para descubrir la verdad en las cosas contingentes, cambiantes y variables, que es lo propio de la prudencia, “hace falta recurrir a la experiencia... (y ésta) se forma de muchos recuerdos”, dice Santo Tomás, apoyándose en Aristóteles<sup>5</sup>. No se trata de cualquier memoria, sino de aquella que *más que el mero hecho material*, retiene la *lección* que éste enseña; es decir, es la memoria de los hechos “reflexionados”, que conserva las lecciones aprendidas por la cogitativa (admoniciones, advertencias, etc.).

No sé si es más exacto decir que la falta de memoria reflexiva es causa de la superficialidad, o más bien que la superficialidad con que se afrontan las situaciones de la vida produce la desmemoria en esos hombres que “nunca terminan de aprender” la lección de sus yerros y sus aciertos. Me parece que se dan ambas cosas: la superficialidad engendra esta inexperiencia o desmemoria, y ésta, a su vez, alimenta la superficialidad.

Un tercer vicio relacionado con la superficialidad es la *falta de circunspección*, llamada vulgarmente, *indiscreción*.

La circunspección es otra de las partes integrales de la prudencia<sup>6</sup>; en concreto, es la que atiende a las circunstancias de un acto, para asegurarse que ninguna de ellas resulte inconveniente. Es la “prudencia en las circunstancias”, y permite que una persona se comporte comedidamente. También se la entiende como seriedad, decoro y gravedad en acciones y palabras. Indiscreto es quien indaga en los secretos ajenos, o habla de lo que debe callar, o pregunta lo que es inconveniente o lo que no le corresponde saber. Efecto de la indiscreción es la *desubicación*, es decir, el quedar fuera de lugar o “mal plantado”. Al que no evalúa las circunstancias, le acontece con frecuencia que sus comentarios o intervenciones, especialmente con bromas y alusiones jocosas, generan molestias, enfados, disgustos o fastidios. Más que a malicia, esto se atribuye a atolondramiento o inconsideración.

Otro defecto que engendra la superficialidad es la falta de *precaución o cautela*. A diferencia de la indiscreción, que es una carencia de prudencia en las circunstancias presentes, este otro defecto mira al futuro, y consiste en “no medir las consecuencias” de los propios actos. Se relaciona estrechamente con el defecto anterior porque a menudo quien no mira dónde está parado o quién y cómo es la persona que tiene delante, tampoco mide las consecuencias de sus palabras o de sus gestos. La precaución es también parte de la prudencia en sus aspectos prácticos<sup>7</sup>. Una consecuencia importante de esta carencia es la pobreza del *discernimiento* de la persona superficial. Es corolario de su falta de profundidad y, por tanto, de su inhabilidad para captar la verdadera esencia de las cosas y, como secuela, para distinguirlas entre sí. Hay realidades que se asemejan en las apariencias, pero que, para una mirada penetrante, no se confunden; por eso dice el dicho “no es oro todo lo que reluce”. Solo el superficial cree oro el oropel.

## **(b) En el orden de la voluntad**

Desde el aspecto volitivo, la superficialidad se traduce como flojera e inconstancia en el querer.

También tiene que ver con la *curiosidad*, pero considerada ahora no en su objeto (lo superfluo y accidental) sino en el modo en que considera las cosas, que es la *flojedad* o



*pereza*. De hecho, el superficial puede llegar a considerar, quizá por deber u oficio, cosas de suyo importantes, pero en general lo hará con lasitud y pesadez; como resultado, se quedará en la superficie.

No hay que olvidar, como explica Santo Tomás, que la virtud que los antiguos llamaron “studiositas”, estudiosidad, “no dice una relación directa con el conocimiento, sino con el apetito y el interés por adquirirlo”<sup>8</sup>. Así, puede ser estudiosa una persona de pocas luces, y no serlo quien está dotado de grandes talentos. *Studium* en latín significa “empeño, afición, afán”; “studium ponere in aliqua re” quiere decir “poner empeño en algo”. Y reza el dicho: “non studio, sed officio”: no por afición, sino por deber. No se trata de cualquier tipo de empeño, sino específicamente del “mental”, es decir, del querer aplicar con vehemencia la mente a una cosa; como la inteligencia solo se vuelca hacia algo en el acto de *conocerlo*, de ahí que este empeño mental consista en el afán de conocer, es decir, de conquistar intelectualmente una realidad. En este acto hay un poco de inteligencia y mucho de volitivo, pues el estudioso no es el inteligente y capaz, sino el que pone ganas en el conocimiento de la verdad.

Bajo esta perspectiva, la curiosidad es una suerte de pereza para la conquista intelectual de la realidad, es decir, para descender hasta la esencia y el verdadero sentido de las cosas. De ahí que el curioso a menudo se detenga, por holgazanería, en aquello que es aparente, mudable, llamativo o simplemente externo.

Otra expresión indubitable y más nociva de la superficialidad en el plano volitivo es la *falta de compromiso* y la *poca o nula responsabilidad*. El superficial evita implicarse a fondo en cualquier cuestión, sea profesional como amorosa. Le gusta emprender obras, pero no se ata a ninguna, dejando siempre la puerta entreabierto para abandonar la faena o la persona si las cosas se ponen feúchas. En el plano amatorio el tipo del superficial es el “don Juan”, o el fugaz amante de una noche; en los demás órdenes es el informal, el irresponsable, el inconstante, o, como se dice en Argentina, el “chanta”.

### **(c) En el plano afectivo**

Emotivamente el superficial es la persona tornadiza, voluble e inconstante.

Actúa como las mariposas que se posan en cada flor solo un instante para saltar a otra al momento siguiente. Sus afectos son explosivos, imprevistos, pero se apagan rápidamente. Es simpático para quien lo trata pasajero, pero resulta deprimente cuando se espera de él algo serio. Corrado Hock, atribuyendo la superficialidad al sanguíneo, remarca su inconstancia: “Por no quedarse mucho tiempo las impresiones en el alma sanguínea, de inmediato se siguen otras. Consecuencia de ello es una gran inconstancia, que todos los que tratan con sanguíneos han de tener en cuenta, si no quieren desengañarse bien pronto. El sanguíneo es inconstante en su disposición de ánimo; rápidamente pasa de la risa al lloriqueo y viceversa; es inconstante en sus opiniones: hoy defiende con tesón lo que impugnó hace una semana; es inconstante en sus resoluciones: al proponérsele un nuevo punto de vista abandona sin remordimientos todos sus planes y proyectos anteriores; esta inconstancia hace, a veces sospechar que el sanguíneo no tiene carácter ni principios. El sanguíneo niega esta inconstancia, puesto que aduce nuevas razones para cada uno de estos cambios. No se fija lo bastante en que es necesario deliberar de antemano todas sus acciones para no entregarse sin más ni más a cualquier

impresión u opinión. También en sus trabajos y diversiones es inconstante, queriendo sobre todo la variedad; se asemeja a la abeja, que volando de flor en flor liba de todas ellas tan solo la mejor; o un niño; que bien pronto se cansa del nuevo juguete recibido como regalo de sus padres”.

Por la superficialidad una persona dificultosamente *ama* en el sentido más propio de la palabra, porque el amor verdadero implica una entrega total, estable, permanente y sacrificada. En cambio, el superficial puede ser muy *enamorado*. Y su enamoramiento puede tener o bien visos románticos o cargados de tinte sexual. Nuevamente el emblema es, aquí, el “Don Juan”, pues el conquistador es la persona que entiende el amor como una actividad trivial, casi como una distracción o un deporte. Por supuesto, hasta que se vuelve enfermedad y adicción, lo que suele ocurrir con cierta frecuencia<sup>9</sup>.

En muchos casos, el superficial constituye el tipo “ocurrente”, es decir, el que tiene chispa o cierto ingenio, con el que genera una risa fácil. Pero en general adolece de humor profundo. Porque, al guiarse por las apariencias, no puede ser más que “divertido”. El verdadero humor, en cambio, supone la captación de la realidad y del “ridículo” y el don de proponer algo en el momento oportuno... sin pecar de picardía (transformándose en payaso). La burla del superficial es pasajera, y no se propone dejar una enseñanza. Como no se suele hacer cargo de las situaciones y de las circunstancias, su gracia se transforma fácilmente en socarronería y bellaquería. El ingenio del superficial puede ser agudo, pero también es *desubicado*, es decir, fuera de lugar; e incluso puede ser ofensivo (quizá sin pretenderlo; más bien por la falta de recato).

Otra forma en que se expresa la superficialidad es la *prisa* y la *impaciencia* con cuanto exija tiempo y maduración. El superficial es, en esto, hijo de la civilización de lo inmediato, del “¡ahora mismo!”. Adolece de la moderación y pausa que requieren los asuntos de peso. Es un hombre *inquieto*, sin la calma del aplomado. Suele estar en constante movimiento, empezando numerosas actividades, y terminando muy pocas de ellas. Este tipo de personas se compromete con muchas tareas, manifestando un verdadero pánico al silencio y a la quietud. Ha perdido, si alguna vez la tuvo, la capacidad del “ocio”, necesaria para la vida intelectual, es decir, de la serenidad y la pausa para la meditación de los grandes asuntos.

Otra manifestación de la superficialidad es la *insatisfacción*, que deriva de la dificultad para el gozo auténtico. A la persona superficial le cuesta el “reposo del espíritu” y la contemplación. Como atiende a la superficie de las cosas, las “agota” prontamente, porque las sensaciones que producen las cáscaras son muy fugaces, y, en consecuencia, para llenar su atención, se ve obligado a pasar a otras, y así vive en constante movilidad y desasosiego. El moderno ejemplo de este modo de superficialidad es el *zapping*<sup>10</sup>, que algún psiquiatra se anima a clasificar como posiblemente adictivo<sup>11</sup>. El *zapping*, o acto de saltar de un canal televisivo a otro, implica dos cosas: el aburrimiento o desencanto casi inmediato de una actividad, y la búsqueda de nuevos estímulos rápidamente gratificantes, en forma de situaciones o imágenes. Es cierto que la mayoría de las cosas que ofrece la televisión son insustanciales, pero también es evidente la dificultad que encuentra la persona superflua para interesarse intensamente por algo y penetrar en el fondo de cualquier asunto.

**You've Just Finished your Free Sample**

**Enjoyed the preview?**

**Buy: <http://www.ebooks2go.com>**